

MARTÍN MOLINI

*El enviado nocturno*  
*Historias de almas perpetuas*

EL GUARDIÁN LITERARIO

MARTÍN MOLINI

*El enviado nocturno*

*Historias de almas perpetuas*



EL GUARDIÁN LITERARIO

## Índice

<i>La muerte de Goliat</i> .....	9
<i>Un café y el diario</i> .....	17
<i>Sobre Florida</i> .....	21
<i>La tuerca que no encaja</i> .....	25
<i>La cuadra</i> .....	29
<i>Una modesta invasión</i> .....	33
<i>Marea alta</i> .....	35
<i>El niño de la calle</i> .....	37
<i>Encuentro paralelepípedo</i> .....	41
<i>Sueños de literatura</i> .....	43
<i>Amor de madre</i> .....	45
<i>Almas gemelas</i> .....	51
<i>Sangre y alma</i> .....	53
<i>Música</i> .....	55
<i>El recitador nocturno</i> .....	37
<i>La casa</i> .....	61
<i>Nafragio</i> .....	63
<i>El hermano menor</i> .....	65
<i>Siesta</i> .....	69
<i>El enviado nocturno</i> .....	71
<i>Licantropía</i> .....	73
<i>Telestesia</i> .....	75
<i>A Lugones</i> .....	77
<i>El hombre</i> .....	83
<i>Los hombres de blanco</i> .....	87
<i>El espectro</i> .....	89
<i>Desagrado</i> .....	93
<i>Un amor literario</i> .....	95
<i>Cine</i> .....	99
<i>Cuesta arriba</i> .....	109
<i>Mi primer trabajo</i> .....	113
<i>Fobia</i> .....	115
<i>Sin palabras</i> .....	117
<i>Vuelta al subte</i> .....	119
<i>Momias</i> .....	121
<i>Viaje Cautivo</i> .....	127

## *La muerte de Goliat*

Ricardito no sólo fue un presidiario común y corriente, sino que se ganó el respeto en el pabellón cinco de la vieja cárcel de Caseros. Fue un simple ladronzuelo de coches estacionados a la intemperie. Asaltante de abuelas distraídas al caminar por las veredas de barrios de vecinos pudientes, entre otros hurtos pequeños.

Cayó a los 18 años, por el simple acto de estar borracho a la salida de un boliche bailable en la zona de Isidro Casanova. Quiso llevarse la cartera de una jovencita que salía con su novio y, por desgracia, fue alcanzado por un guardia, para luego ser entregado a la justicia de manera instantánea. Su frondoso prontuario no lo ayudaría ahora que ya era mayor de edad. Y la prisión preventiva, a espera del juicio, sería en el pabellón de criminales por pedido del fiscal de la causa.

Ricardito, que venía de una infancia donde su padre lo había despreciado por su baja estatura, y su madre ignorado, con problemas de adicciones y afín a la prostitución, había sobrevivido indemne al mundo real que lo rodeaba, gracias a sus habilidades y malos hábitos.

En el barrio donde creció, le decían milagro de jardín, no sólo por su parecido a los enanos, sino porque no se le movía un pelo a la hora de cometer ningún ilícito. Por otro lado la suerte siempre lo había acompañado. En una oportunidad una bala de escopeta de un policía federal le arrancó media oreja. De ahí esa similitud mística con los liliputienses, tal vez por esa suerte de escapismo a la muerte, un poco escatológica, siniestra y hasta bromista por momentos de este personaje.

En el pabellón fue recibido por un grupo de conocidos delincuentes, por demás decir, con condena firme y algunos hasta con cadena perpetua, que eran notorios para él, puesto que vivían todos por la zona y se dedicaban a lo mismo. Las primeras semanas no fueron fáciles, tuvo que pagar el derecho de piso que todo primerizo debe enfrentar y, por las noches, no tardó en llegar la lucha entre mantenerse despierto y la somnolencia debido al pavor que allí se respiraba. Por momentos pensaba en lo inútil que había sido la noche que fue detenido y que sería, sin duda, la peor mamá de su vida. Juró no volver a tomar ni una gota de alcohol. Pero sin embargo le esperaban días difíciles allí adentro, sin una sentencia firme que quizá tardaría meses o tal vez años en llegar.

Por su tamaño desfavorable era una víctima frecuente de los abusos de los demás reos. Lo tenían de lavandera; y claro, era preferible lavar la ropa de algunos allí, y no terminar siendo la esposa de algún maleante con peso. Lavar era más fácil para Ricardito que cocinar, que era otra labor asignada a los más vulnerables.

Poco a poco se fue ganando el consuelo de los más fuertes por sus chistes y anécdotas, ya que era animado a la hora de hacer reír al resto por su ingenio y su suerte de estatura, a pesar de ser una desgracia que su padre remarcó en él desde pequeño. En un sentido irónico supo defenderse bien con ello, y así fue ocupando un lugar en el pabellón como un personaje querido y detestado al mismo tiempo; en especial, ante los más poderosos.

Olvidado de sus promesas, comenzó a ingerir drogas y adoptó el mal hábito de ser el mejor en preparar pruno. Todo el mundo lo empezó a reconocer como el enólogo de la cárcel. Preparaba el vino casero con migas de pan de las sobras de las comidas, y cada reo le traía una ración. También utilizaba frutas, azúcar y otros elementos. Lo dejaba fermentar por seis o siete días y después vertía la mezcla en una botella a través de un colador y, por último, lo dejaba enfriar para tomar el vino más exquisito del penal. Hay que reconocer que Ricardito siempre se las ingenió para ser alguien. Ya no lavaba la ropa, era el genio del tráfico de alcohol y hasta empezó a generar dinero y cambalaches necesarios para sobrevivir.

Esto duró hasta que los reos de otros pabellones se enteraron del éxito de Ricardito, y comenzaron a hacer sus pedidos para acompañar el cóctel de pastillas con el pruno. En el pabellón cuatro estaba la Banda de los Tarnos, formada por dos hermanos, que se habían iniciado en el asalto a blindados y luego a los casinos chicos, por así decir, de pueblos. Cayeron en una salidera que tuvo un enfrentamiento con un final fatal de tres policías y

varios integrantes de la banda muertos. Los hermanos, no obstante, fueron los únicos sobrevivientes de aquel episodio, luego arrestados, y por último juzgados para ser llevados a la cárcel para cumplir una condena de veinticinco años. El mayor de los dos era un tipo grueso de mediana estatura, con arrugas que llegaban a tocar su calvicie y, consciente de sus actos, se había inclinado hacia la religión. Era tranquilo a la hora del diálogo y con palabras rimbombantes convencía a cualquiera. En cambio el menor, de rostro rubicundo, alto, de casi dos metros, con ciento treinta kilos, era testarudo y se había ganado el respeto a los golpes. Claro está que ponerse en contra de esta mole era llevarse un tren puesto. Tenía, además de ser un sujeto con mal carácter, el mal hábito de creerse dueño del lugar, y si alguien no estaba de acuerdo lo estrangulaba con sus manos, para recalcar su fuerza y así dejar sin aliento a cualquier futuro rival.

Cuando Los Tanos se enteraron del negocio, que tanto le había costado llevar a cabo al pobre Ricardito, decidieron arrebatárselo. Fue allí cuando tuvieron el primer encuentro.

Una tarde se presentaron en la celda del famoso enólogo (está de más aclarar que por el temor que se les tenía en el pabellón nadie les impidió el paso). Ricardito dormía cuando una mano gigantesca le sacudió el hombro. Era el menor de los hermanos, nada menos. Abrió los ojos y vio un rostro desconocido, era el del grandote que se hacía unos pasos para atrás. Se incorporó y escuchó la voz del mayor que decía:

—Hemos venido por una copa. —Y ambos se rieron, luego continuó—: Así que vos sos el famoso enólogo. ¡Mirá vos!

Ricardito, sin entender mucho, contestó:

—Así es. Bueno, hago lo que se puede. ¿Ustedes vienen a comprar?

—No mi buen amigo. Venimos a decirte que el negocio a partir de ahora es nuestro.

—¿Cómo nuestro? No entiendo. Explíquese mejor, buen hombre. Tome asiento y disfrute de un buen trago.

—Después de todo sos bastante gracioso, petiso. Ya te lo expliqué, pero parece que no entendiste.

Y antes de que el pobre dijera algo, el menor de los hermanos lo tomó del cuello con un brazo y lo levantó casi hasta el techo. Dejando ambas piernas flojas en el aire como las de una marioneta. Se puso rojo hasta el punto de tornarse violeta por la falta de oxígeno.

—¡Soltalo! —dijo el mayor—, ya es suficiente. Creo que con esto le quedó claro.

Ricardito observó que nadie había impedido el paso de estos sujetos y que tampoco acudieron a defenderlo. Notó enseguida la importancia que debían tener en el penal. Su cuerpo se congeló y se quedó atónito por un instante, lo que duró la presencia amenazadora de los hermanos. Y como si esto fuera poco, el menor tomó un par de zapatillas nuevas, que había recibido en parte de pago esa misma tarde, y se las llevó.

El petiso se echó en la cama y con remoto desconsuelo imaginó toda la escena y el mundo se le vino abajo



otra vez. De ahora en más el negocio pasaría a ser de Los Tanos y tendría que volver a sus viejos quehaceres y, a decir verdad, esto no le gustó nada. Comenzó a patear todo lo que se le cruzaba a su alrededor. No tardaron en acercarse los curiosos y cobardes del pabellón cinco, para hacer preguntas sobre las recientes calamidades. Hicieron una ronda en la celda para escuchar el relato de Ricardito y comenzaron a beber el vino, acompañado de algunas pastillas.

Al caer la noche la cosa se fue poniendo peor y tanto el petiso como el resto que lo acompañaba, empezaron a perder el conocimiento. No faltó ni uno que, con cierta ironía, le recordase lo de las zapatillas para luego, dejar en claro que no era más que un simple bufón y al fin de cuentas, jamás iba a consolidar sus aspiraciones en la escala social carcelaria, por cierta singularidad en los hechos ocurridos anteriormente.

Tanta leña hizo despertar la frivolidad en él, que tomó un par de botellas y se dirigió en busca de los hermanos. Cruzó todo el pabellón mostrándoles las botellas a los integrantes de allí, explicándoles que se trataba de un pedido hecho por Los Tanos, y uno le señaló la celda donde debía ir. El mayor no se encontraba, puesto que por las noches dedicaba su tiempo a los evangélicos del penal, con el impacto sanador que llevaría a reducir su condena por buena conducta. El menor y más enorme de los dos se encontraba tirado en la litera de abajo leyendo el diario, cuando de pronto oyó llegar al petiso con las botellas y decir:

—Acá tenés el bagayo, cocoliche.

Y sin más explicaciones sacó una faca que llevaba escondida en su cintura y con una honesta y profunda convicción se lanzó sobre el grandote sin darle tiempo a ninguna reacción más que la de tirar el diario, incrustando la faca debajo de la tetilla izquierda del gigante, al grito de:

—¡Yo no soy ningún mulo, infeliz!

La reacción del grandote fue peor. Con un solo golpe en la cabeza se lo sacó de encima, y el malencarado salió volando por la puerta de la celda hacia el pasillo. El estrepitoso momento llamó la atención del resto de los reos que deambulando observaban boquiabiertos la brutal riña y el tremendo golpe que ligó el desventajado. Ricardito, sin reacción y tendido en el suelo con la mandíbula partida, haciendo el mismo movimiento de un muñeco de ventrilocuo, sabía del vendaval que ahora se le vendría. Y en el medio del silencio y con la quijada rota, sin poder moverse, alcanzó a escuchar al grandote salir despacio, como dando pasos adormecidos y balbuceando cosas. Logró moverse como pudo unos centímetros atrás con los codos apoyados en el suelo, pero fue inútil. Del terror que sintió cerró los ojos entregándose, al ver parada a la mole en la puerta, con todo el pecho ensangrentado y brotando parte de esa sangre por su boca como si fuese una gárgola, tratando de decir lo que fueron sus últimas palabras:

—¡Me mataste, guacho! —Y se desplomó como una bolsa de papas.

## *Un café y el diario*

Jacinto Piedra era muy amigo de José Manuel López, y todos los viernes por la mañana —último día laboral, por así decir— se juntaban en el café de Reconquista y Lavalle. A Jacinto le encantaba tomar el café en ese lugar, mientras que a López le parecía un lugar de mal gusto: poco agradable. Allí comenzaban sus charlas. Conversaciones de dos viejos de entre 80 y 85 años: puros reproches. Ambos estaban viudos. La longeva vida los había dejado solos pero con buena salud, sanos, pero con algunos problemas obvios de la edad: visión, ciático y otros tantos más comunes. Jacinto tenía la costumbre de llegar al café y pedir el diario, y por raro que parezca, en ese lugar pedían al diariero sólo uno. El dueño era un gallego de casi 90 años, y seguía cuidando el bolsillo como recién llegado de la postguerra. Un amarrete. Esto, en ocasiones, a Jacinto lo enfurecía de tal manera que un día la nieta, Ana Paula (la mayor de seis hermosos nietos, que la vida le había dado), al escuchar esto, le regaló una tablet; porque los celulares ya eran demasiado para el viejo. La

mañana del 23 de junio (día viernes), José Manuel llegó antes de lo habitual, pidió un café y se adelantó a pedir el diario, así cuando llegara Jacinto ya estaría sobre la mesa y, de esta manera, evitaría las mismas disputas de siempre con el gallego. Después de un par de minutos, llegó Jacinto con una caja y se sentó junto a López.

—¿Qué traes ahí, hombre? —preguntó Manuel.

—Esta porquería que tanto se usa ahora, me la regaló Anita. Dice que no voy a tener problemas con las noticias, o por si está o no disponible el diario. Acá puedo ver todo por internet. —López casi sorprendido y con la mirada de un niño, tomó la caja—. Mirá, echale un vistazo, en una de esas vos la entendés mejor, che. Ah, me dijo también, que se llama *table* —aclaró Jacinto en un tono burlón.

Después de un rato de investigar el aparato se dieron por vencidos y llamaron al joven mozo.

—¡Ey, joven! Sí, usted. ¿Puede venir un segundo, así nos da una mano?

—Sí, ahí estoy con ustedes —contestó el joven.

Pasaron más de diez minutos y el mozo no aparecía; mientras ellos, impacientes, seguían haciendo el intento por encender el aparato. El café se les había enfriado y el mozo aún no se dignaba a venir: no daba señales de interés. Un joven de unos 30 años, que seguro era abogado por la pinta que tenía, al escuchar los reproches, se les acercó para darles una mano. Primero les pidió permiso, muy respetuoso de su parte, y les encendió la pantalla. También les recordó que debían

pedir la clave de ‘wifi’ para poder navegar. Con total rareza, se miraron los dos viejos y, casi sin darle las gracias al extraño, se preguntaron qué era eso de navegar.

—Vamos a tener que apurar el paso con este mocito, sino va ser el próximo en darlo mal —argumentó López y agregó—: Mirá que esto a mí no me va a ganar, yo en una época fui oficial de Marina: son años, che.

Ya un poco cansado, Jacinto llamó al mozo.

—¡Ey, shhh! ¿Para cuándo, joven? —Se asomó de repente un hombre de unos 50 años preguntándoles si iban a leer el diario.

—Sí, ¿no ve que estamos en eso? —replicó Jacinto, y agregó—: La gente en este lugar es impaciente, no se da cuenta que la culpa es del Gallego, porque siempre compra un sólo diario.

Pasaron más de media hora intentando, sin resultado alguno, y perdiendo el tiempo sin darle importancia a sus charlas, lo usual en ellos; ni una sola palabra se oyó decir de sus vidas. Ambos estaban esperanzados en leer los matutinos por internet. Para los viejos era la novedad, lo que, por así decir, los mantuvo un largo rato atrapados.

Al final el mozo apareció y les dijo la clave: “Reconquista788 la primera con mayúscula seguida de los números”, y se fue.

Parecía una broma de mal gusto que, por otro lado, se les sumaba a lo de no tener ni la más mínima idea. “Ahora, ¿dónde va la contraseña?”, preguntó López. Una joven de unos 22 años, que estaba sentada en la

mesa junto a la ventana, le recordó a Jacinto a su nieta Ana, y, decidido, encaró a pedirle ayuda. La joven enterneció a los viejos con sus suaves palabras, y les explicó cómo tenían que hacer. Le dieron las gracias y hasta la invitaron con un café. Esta vez, fueron más corteses que con el joven abogado. De pronto, se volvió a oír una voz fuerte y familiar que provenía de la mesa de atrás. Era la del tipo que antes les había preguntado por el diario. Y Jacinto, infalible, le respondió:

—Ahora sí, vea usted, estamos encaminados a hacerlo.



## ***Sobre Florida***

Tenía un puesto de corbatas y gemelos sobre la calle Florida a unos metros de Lavalle. Justo en la esquina, se encontraba siempre Florencio Funes, que vendía y cambiaba dólares, de lunes a sábados, a todo aquel que pasase por allí. Con Funes tuvimos una ligera amistad, luego de que apareciera un mediodía con la idea de querer meterme algunos dólares, y como el chamuyo le fluía de manera natural, logró convencerme. Luego de una rápida transacción, se ofreció a invitar el almuerzo con unos exquisitos sándwiches de atún y cebolla. El hombre no iba a dejar pasar así nomas a un valioso cliente. Porque al encontrar a alguien como yo por esa zona, sin nombrar a los turistas que eran por poco asaltados por Funes, había dado, sin querer, con un oasis cambiario.

Se lo notaba feliz ese mediodía, y no tardó en desbocarse contándome una anécdota que le había ocurrido un par de años atrás en la misma esquina.

Una mañana, como era de costumbre, entre el vaivén de caras que lo empujaban de un lado a otro, Funes le

ofreció al voleo una venta a un transeúnte, y el hombre, que iba apurado, se detuvo para saludarlo diciéndole un nombre que no era el suyo. Pero, como para él todo lo que brillara era oro, o en este caso, todo el que se cruzara y le diera pie era plata, le siguió el juego con tal de venderle. Y al marcharse, tras ese breve instante, el hombre le dio un fuerte abrazo y le dijo: ¡Estás igual, Carlitos!

Al día siguiente, Funes —atento al creciente río de caras de la hora pico— fue otra vez sorprendido, entre los empujones, por aquel desconocido luego de un fuerte abrazo y al grito de:

—¡Carlos! ¿Cómo te va? ¡Qué bueno verte!

Florencio ignoró la confusión de aquel tipo, y dejándose llevar por los empujones de la masa, aprovechó para venderle otra vez. Y el hombre lo llenó de una enorme emoción comprándole cien dólares, furtiva y clandestinamente, a mano suelta.

Así pasaron semanas, meses, y durante todo ese tiempo Florencio mantuvo con este hombre un trato diario, por mera confusión de este desconocido, por demás amistoso. En una ocasión invitó a Funes a su casa para cenar junto a su mujer, que aún lo recordaba a Carlos de sus años juveniles. Florencio anotó su dirección y teléfono y prometió ser puntual. Sin embargo el secreto que llevaba puesto como una mochila lo acobardó y no asistió aquella noche.

El lunes a primera hora, se escondió en un bar a esperar que pasara el horario habitual de los encuentros.



Mientras se tomaba un café pensó que nunca se había encontrado a esa hora examinando el paisaje extenuante de todas las mañanas, y exento de todo aquello sintió una profunda emoción. Recordó a su amigo y trató de buscarlo entre la muchedumbre, y notó que todos tenían un aire a él en ganar espacio en el apiñamiento. ¿Cómo iba a saber más de aquel personaje matinal si nunca se había permitido examinar individualmente a nadie? Detuvo la mirada en un punto y observó con atención, en busca de alguna singular expresión que le recordara algo. Pero fue inútil, pues había disminuido el grueso de la estampida durante la hora y media que se había pasado sentado en la cafetería. Y en un fatuo acto, recobró su actitud y se paró para volver a su lugar de siempre.

Después de esa mañana no volvió a ver a su amigo. Sin embargo no perdía las esperanzas de advertir su presencia entre toda esa gente que hacía el mismo camino todos los días.

En ocasiones llegó al punto de confundir su imagen con la de algún que otro transeúnte, pero al acercarse esgrimiendo apenas un molesto tartamudeo por ni siquiera saber su nombre, recibía sin excepción una brusca respuesta.

Analizó el sentido de lo que había experimentado, las ideas en su cerebro hacían una desesperada reflexión. Desde la penuria nació un ardiente deseo por verlo y recordó que tenía su número y dirección anotados en un papel. Tenía ahora la esperanza de dar con su amigo. Tomó el número y se abrió paso entre

la gente en busca de una cabina. Marcó los números y lo atendió una mujer con voz ronca que le comentó el desafortunado hecho. El hombre había tenido una muerte rápida al caer del tren en pleno movimiento a causa de un asaltante, y sin más detalles la mujer le preguntó con voz triste si era Carlos quien llamaba. Dejó caer el mentón sobre su pecho y asintió con voz cortada.

